LA OCASION LA PINTAN CALVA.

Ramos

18

LA OCASION LA PINTAN CALVA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

RAMOS CARRION Y VITAL AZA.

Estrenado en el Teatro de la COMEDIA el 18 de Noviembre de 1879.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
REMEDIOS.....	SRTA. FERNANDEZ.
DOÑA PAQUITA.....	SRA. VALVERDE.
JOAQUIN.....	SRES. ROMEA.
UN PELUQUERO.....	ROSSELL.
UN CRIADO.....	LA HOZ.

Época actual.—La accion en Madrid.

NOTA IMPORTANTE. En los teatros de provincia debe repartirse el papel de REMEDIOS á la dama jóven; al galan jóven el de JOAQUIN, y al primer actor cómico el de PELUQUERO.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Aministracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA APLAUDIDÍSIMA PRIMERA ACTRIZ

DOÑA DOLORES FERNANDEZ.

Sus admiradores y amigos

RAMOS CARRION. VITAL AZA.

723472

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante con puertas laterales y al foro. Algunos cuadros y entre ellos un retrato de caballero. Velador sobre el cual habrá un neceser de afeitarse.

ESCENA PRIMERA.

JOAQUIN, solo, que se pasea impaciente.

Pues señor, bien; las diez y media y ese hombre no viene. Esto acaba con la paciencia de un santo! Hoy lo despido: diga lo que quiera, lo despido. No parece si no que no hay más peluqueros en Madrid! Qué necesidad tengo yo de estarle esperando dos horas todos los dias? Haré que avisen á otro. Sí señor, á otro.—Á otro Esto se dice muy fácilmente: á otro! Y quién será ese otro? Este tiene la mano ligera; afeita de un modo admirable; su navaja se desliza con suavidad y descañona de una manera inconcebible. Esta es la verdad. Y luégo, no habla: un peluquero que no habla es un verdadero prodigio. Despedirlo y ponerme en manos de otro que sea un charlatan ó que tenga la mano dura y me haga ver las estrellas todas las mañanas... Porque como el que me afeita dice siempre que mi barba es de

las de *remolino*... Mire usted que tener la barba de remolino es mucho cuento! un pelo para aquí y otro para allá... Poquitos, pero mal avenidos! Las diez y treinta y cuatro. Esto ya no se puede aguantar! El ministro va al despacho á las diez... Ahora madrugan tanto los ministros...—Si otro se adelanta y me quita la plaza, me he divertido! Adios la sorpresa que guardo á mi mujercita...—Y poco contenta que se va á poner cuando sepa que vamos agregados á la embajada de París! Es decir, ella no va agregada, quien va agregado soy yo, y ella va agregada á mí... Pero cómo me presento al ministro con estas barbas que pinchan! Él no va á pasarme la mano por la cara, pero lo cierto es que pinchan.—Vaya, no aguanto más... (Toca el timbre.) Voy á afeitarme á cualquier peluquería.

CRIADA. (Saliendo por el fondo.) Qué manda usted?

JOAQUIN. Cuando venga el peluquero, le dices...

CRIADA. Aquí está, señorito.

JOAQUIN. Ah! Está ahí? Que pase!

ESCENA II.

DICHOS, el PELUQUERO por el foro.

PELUQ. Muy buenos dias; servidor de usted.

JOAQUIN. (Es otro!)

PELUQ. Vengo á sustituir á mi compañero Felipe, que se encuentra desde ayer atacado de una fuerte neuralgia dentaria, vulgo, dolor de muelas.

JOAQUIN. (Qué tipo!)

PELUQ. Espero que no quedará usted descontento de mis servicios. (Deja sobre el velador una caja de carton que trae en la mano.)

JOAQUIN. Bueno, bueno; despache usted, que tengo prisa.

PELUQ. En seguida.—Chico, el agua caliente, los paños, el jabon, la brocha, etcétera, etcétera... (Al Criado, que se va.) No se moleste usted, tome usted asiento.

JOAQUIN. Gracias. (Sentándose y riendo)

PELUQ. Tiene usted navajas ó desea que le afeite con las mias?

JOAQUIN. Pché! es lo mismo, con tal que despache usted pronto.

PELUQ. En ese caso con las mias. (Saca del estuche dos navajas. Mientras pasa una por la correa mira un cuadro.) Son un par de navajas de primer órden, premiadas en la Exposicion Universal de París!—Precioso cuadro! Precioso! Tiene usted una habitacion amueblada con muchísimo gusto.

CRIADO. (Saliendo.) Aquí está todo. (Trayendo lo que le han pedido.)

PELUQ. Perfectamente.—Ajajá! El paño.. (Se lo pone á Joaquin.) Magnífico pelo tiene usted! Seda... pura seda!... Se ve que emplea usted mucho el agua fria! Hace usted bien! Ese es mi sistema! El agua fria fortalece el cabello. Y la barba? Vaya un nacimiento de barba!

JOAQUIN. Mala, eh?

PELUQ. Cómo mala? No señor! No señor! Es magnífica! Lástima que no se la deje usted. Pero hace bien en no dejársela! Le favorece á usted el bigote sólo. Y cuidado que la barba de usted es de las más correctas.

JOAQUIN. Pues su compañero de usted dice que la tengo de remolino.

PELUQ. Qué sabe mi compañero? Es un ignorante! Un rutinario! Un empírico! Desconoce los principios fundamentales de nuestra facultad. Porque advierto á usted que está hablando con un hombre científico!

JOAQUIN. No, el que está hablando es usted! Y le suplico que, si es posible, hable ménos y afeite más.

PELUQ. Tiene usted razon, sí señor! No me gusta ser pesado. Precisamente me distingo por la ligereza... Hombre! (Dándole jabon.) Precioso retrato! Será de algun indivíduo de la familia? Sí! De seguro! En los ojos se parecen ustedes muchísimo! (Le da jabon en los ojos.)

JOAQUIN. Hombre, por Dios!

PELUQ. Ah! usted perdone.—Pues sí señor. Como íbamos diciendo, yo soy un peluquero científico.—Usted dirá que por qué me llamo científico?

JOAQUIN. Yo no digo nada!

PELUQ. Bueno, lo pensará usted! Pues voy á satisfacer su curiosidad!... Es una historia muy larga!

JOAQUIN. (Es insufrible!)

PELUQ. Muy larga, sí señor!

JOAQUIN. Lo que me parece que va siendo demasiado larga es la jabonadura!

PELUQ. Ah! No lo crea usted, no señor! Ese es mi sistema. Es preciso que los jugos crasos del jabon penetren en todos los poros de los tejidos musculares. Ya ve usted: esto no lo saben los que no han estudiado como yo un año de anatomía. Usted dirá que no es precisa la anatomía para ser peluquero... Error! Se equivoca usted! No sólo es precisa sino indispensable. Porque figúrese usted que un caballero va á una peluquería y pide que le bajen un poquito la línea de la barba! Bueno! Pues lo que hace un dependiente cualquiera es ¡zís! ¡zás! (Dándole en la cara con el mango de la navaja.)

JOAQUIN. Pero, hombre...

PELUQ. Descuide usted!—Y qué resulta? que unas veces más alta, otras más baja, nunca tiene la línea los límites que debiera tener! Porque todo tiene sus límites.

JOAQUIN. Sí señor, hasta la paciencia!

PELUQ. Perdone usted, es preciso que los jugos crasos del jabon...

JOAQUIN. Sí!... Ya estoy...

PELUQ. Pues bien; los verdaderos límites anatómicos son los siguientes: (Marcándolo con el lomo de la navaja en la cara y el cuello de Joaquin.) borde anterior del músculo masétero, parte anterior y superior del buccinador y risorio de Santorini, hasta llegar al orbicular de los labios, de suerte que las dos líneas al reunirse en el mentón, tracen un ángulo ménos agudo que el formado por los dos músculos externo-cléido-mastoideos!

JOAQUIN. Esto es ya demasiado! (Encarándose con él.)

PELUQ. Sí! Ciertamente que es demasiado saber para un peluquero; pero ¿qué quiere usted?

JOAQUIN. Qué he de querer, hombre? que acabe de una vez!

PELUQ. En seguida. Ya verá usted qué artísticamente le afeito. Porque yo, ademas de científico por mis estudios, soy artista por naturaleza; por eso me he dedicado á la peluquería. Ningun arte como este para el embellecímiento de la persona. Una cabeza vulgar (Cogiendo la de Joaquin.) en manos de un buen peluquero adquiere en un momento las correctas é inspiradas líneas de la belleza. (Sigue afeitándole.)

JOAQUIN. Ay!

PELUQ. Qué es eso?

JOAQUIN. Que me ha cortado usted.

PELUQ. Nó, no ha sido cortadura, usted dispense. Ha sido una ligerísima incision producida por el filo de la navaja al tropezar con una de esas pequeñas elevaciones de la epidérmis conocidas entre la gente de ciencia co el nombre de acnés rosáceas, vulgo espinillas.

JOAQUIN. Quedo convencido... y cortado. Siga usted.

PELUQ. Pues íbamos diciendo que las bellas artes son hermanas. La peluquería y la música son gemelas. De la union de ambas ha resultado una de las más hermosas creacíones del arte musical: *El barbero de Sevilla*... ¿Usted conocerá *El barbero de Sevilla?*

JOAQUIN. Sí señor! Y otros barberos, desgraciadamente.

PELUQ. Bellísima ópera! Yo, sin embargo, prefiero *Favorita*! La *Favorita* cantada por Gayarre! Ah! qué delicia! qué delicia! Aquello de... (Cantando acciona con la navaja en la mano derecha, mientras con la izquierda echa hácia atrás extremadamente la cabeza de Joaquin.) «Spirto gentil,» etc.

JOAQUIN. Pero, hombre...

PELUQ. Usted dispense. Recordando á Gayarre me entusiasmo! Con qué placer le afeitaría yo! Pero le ha dado por dejarse la barba! Es una lamentable costumbre que tienen todos los tenores de ópera. Yo he conocido muchos, porque voy contínuamente al Teatro Real, mejor dicho, iba los años anteriores, en que el Paraiso costaba cuatro barbas! Hoy como cuesta seis, me he abonado á

segundo turno, es decir, voy un dia sí y otro no.

JOAQUIN. (Es insoportable!)

PELUQ. Quiere usted que le apure un poco más?

JOAQUIN. No señor! Ya me ha apurado usted bastante!

PELUQ. Bueno! Enjúguese usted. Pasemos al peinado!

JOAQUIN. No, muchas gracias! Me peino solo.

PELUQ. Como usted guste. Está usted servido. He tenido muchísimo gusto en conocerle. Siempre que desee usted utilizar mis servicios, puede hacerlo con entera confianza. Peluquero facultativo, manejo el bisturí como la navaja.

JOAQUIN. Y la navaja como el bisturí. (Restañándose la sangre de la cortadura. Vaya usted con Dios!

PELUQ. Servidor de usted. Beso á usted la mano. Siempre sus órdenes. Cabeza, tres, principal. Narciso Tirabuzon: peluquero y casi cirujano. (Váse foro.)

ESCENA III.

JOAQUIN y luégo REMEDIOS.

JOAQUIN. Jesús! Qué calamidad! (Peinándose.) Las once ménos diez. (Remedios por la puerta del foro izquierda, se acerca de puntillas sin que Joaquin la vea.) Me ha fastidiado ese hombre! Sabe Dios si llegaré ya á tiempo. (Sigue peinándose.)

REM. Coqueton! (Gritando.)

JOAQUIN. Ay! Ah! Eres tú?

REM. Te has asustado?

JOAQUIN. Claro! Como te has presentado tan de improviso!

REM. En cambio del susto voy á peinarte yo. Ven acá, ven acá.

JOAQUIN. No, hija, no; tengo mucha prisa!

REM. Á dónde vas?

JOAQUIN. Á... á... (Á dónde la diré yo?) Pues á casa de Pepe Nogueras... que me está esperando.

REM. Pero, hombre, si Nogueras se marchó á Granada hace dos dias.

JOAQUIN. Sí? Pues entónces tengo que ir á... á otra parte.

REM. Á dónde?

JOAQUIN. Despues lo sabrás. (Quitándose el batin y vistiéndose.)

REM. Á qué viene ese misterio?

JOAQUIN. (Cariñosamente.) La mujer no debe preguntar nunca á su marido á dónde va ni de dónde viene. Es preciso que te vayas acostumbrando á estas cosas!

REM. Bueno; me acostumbraré.

JOAQUIN. Vaya, hasta luégo... (Muy cariñoso.) Vida mia! hasta luego!

REM. Oye, Joaquin: no me atrevo á hacerte una pregunta.

JOAQUIN. Qué?

REM. Vendrás á almorzar?

JOAQUIN. Sí, mujer, no he de venir? Como todos los dias! Había de dejarte sola? No faltaba más! Si salgo es porque me esperan, si nó no saldría. Vaya, adios y hasta luégo. Benito, el sombrero! (Váse foro.)

ESCENA IV.

REMEDIOS y luégo DOÑA PAQUITA.

REM. Adónde irá á estas horas y con tanta prisa? Bah! Á algun negocio de importancia. Estos hombres dan una importancia á los negocios... Y la verdad es que no me gusta quedarme sola... Acostumbrada á vivir con mamá, á estar acompañada siempre... Pero no hay más remedio; soy una señora casada y las señoras casadas tienen que quedarse solas muchas veces.

PAQ. (Dentro.) No importa; soy de confianza.

REM. Eh?

PAQ. Yo no soy de cumplido.

REM. Paquita!...

PAQ. Buenos dias, Remedios. No me dejaban pasar aquí ¡por ser la habitacion de tu marido. Figúrate! Como si á mi

me asustara el entrar en la habitacion de un hombre.

REM. Usted puede disponer en esta casa como si fuese la suya.

PAQ. Gracias. (Se sientan.)

REM. Y cómo por aquí á estas horas?

PAQ. Esta es la ventaja de vivir enfrente. Indalecio tiene hoy vista en el Supremo, y como yo no sé estar sola porque me aburro, dije, voy á hacer una visita á Remedios.

REM. Cuánto la agradezco...

PAQ. Conque qué tal, vamos á ver, qué tal te va en tu nuevo estado de casada?

REM. Muy bien; estoy contentísima! Y usted?

PAQ. No me sientan mal las segundas nupcias.

REM. Cierto que usted tambien se halla en la luna de miel.

PAQ. Hija, hay alguna diferencia. La miel de tu luna es de la Alcarria: la mia es ya de cualquiera parte.

REM. Siempre tan alegre!

PAQ. Qué quieres? Yo no me hago ilusiones. Cuando me casé con mi primer esposo... pobre Angelito!—se llamaba Ángel—estaba perdidamente enamorada; pero lo que es ahora... Ya no está una para esos trotes. Me casé con Indalecio por lo que nos casamos las viejas, por egoismo. Y no estoy descontenta! Me ha salido muy bueno! Hace siempre todo lo que se me antoja; y eso que dada su posicion social no debiera dejarse dominar fácilmente: ya ves, todo un señor magistrado! Pero hija, cuando una mujer se empeña, es capaz de meter en un puño, no digo á un magistrado, á todo el Tribunal Supremo!

REM. Qué cosas tiene usted!

PAQ. Tú eres aún muy jóven; pero ya te convencerás. Á los maridos hay que tratarlos así! con imperio! Es el modo de que no descarrilen. Y cuidado que mi marido es de los que toman por lo serio la magistratura. Ni en casa se quita el birrete, y hasta para dormir he tenido que hacerle uno de punto de crochet.

REM. Señora... Estará bonito! (Riéndose.)

PAQ. No, lo que es de bonito le ha tocado poco al infeliz. Pues nada! con sus humos y todo, lo tengo más suave que un guante. (Transicion.) Oye: á dónde iba Joaquin tan de prisa que por poco me atropella en la escalera?

REM. No lo sé; me ha dicho que tenía que hacer...

PAQ. Algun negocio, eh?

REM. Eso sería: no ha querido decirme á dónde iba.

PAQ. No ha querido decírtelo!

REM. No.

PAQ. Y te quedas tan fresca!

REM. Pues es claro.

PAQ. Empiezas mal. Si en los primeros meses de matrimonio le acostumbras á ir y venir sin decirte una palabra, figúrate tú lo que sucederá luégo.

REM. Si se lo he preguntado: pero me contestó que la mujer no debe preguntar nunca á su marido á dónde va ni de dónde viene.

PAQ. Y tiene razon, no debe preguntárselo, porque debe decírselo él sin que se lo pregunten.

REM. Pero figúrese usted que se trate de un asunto que tenga interés en ocultar...

PAQ. Un buen marido no debe ocultar nada á su mujer. Sigue los consejos que te da una veterana del matrimonio. Sobre todo, no te fies de los negocios. Un negocio es siempre el pretexto del marido que se extravía... Mi difunto, que era un bendito de Dios, se metió en un negocio de minas que le tenía ocupado todo el dia y gran parte de la noche, hasta que averigüé que el tal negocio minero era una señora que vivía en la calle de las Minas. Afortunadamente descubrí pronto el filon y le hice pagar caros los dividendos.

REM. Me pone usted en cuidado!

PAQ. No; no es esto decirte que Joaquin se dedique á negocios... mineros. Á los dos meses de casado no tendría perdon de Dios.

REM. Ni despues tampoco.

PAQ. Despues tampoco lo tendria, pero... En fin, tú eres muy niña y no entiendes estas cosas, y yo estoy en el deber de aconsejarte, porque te he visto nacer, y he sido la mejor amiga de tu madre, y de tu padre, y un tio tuyo estuvo para casarse conmigo.

REM. Yo agradezco á usted mucho su intencion, pero felizmente estoy bien segura del cariño de Joaquin.

PAQ. Ni yo quiero que dudes un momento. Tu marido te quiere mucho y es hombre formal y de excelentes condiciones. Pero puede ser un hombre el mejor de los esposos y los amigos echarlo á perder. Qué clase de amigos tiene tu marido?

REM. Íntimo ninguno.

PAQ. Es una buena circunstancia: mi marido tampoco. Verdad es que Indalecio tiene cara de pocos amigos.

REM. No por cierto, que es muy simpático.

PAQ. Gracias por el favor.—Y á dónde vais por las noches?

REM. Tenemos un turno en el Real y otro en la Comedia, y las noches que nos quedan libres vamos á casa de los de Lozano.

PAQ. Y qué se hace allí?

REM. Se canta, se baila...

PAQ. Baila Joaquin?

REM. Quiá! No señora! Juega al tresillo.

PAQ. Con quién?

REM. Con el general Ramos.

PAQ. Con ese no hay cuidado.

REM. Y con la generala.

PAQ. Con esa tampoco. Estará allí Lopez. (Con intencion.)

REM. Y con Alcaráz.

PAQ. Alcaráz! Ah! Sí! El marido de Carolina, aquella que estuvo para casarse con Joaquin, hace tres años.

REM. El mismo.

PAQ. Y va ella tambien?

REM. Pocas veces. Anoche estuvo.

PAQ. Y se hablan ella y tu marido?

REM. Se saludan... Como aquellas relaciones acabaron de

buena manera... Y ademas, ella está ya casada y él tambien; no tiene nada de particular...

PAQ. Sí; no tendrá nada de particular... Vaya, hija, yo tengo mis opiniones sobre los hombres y creo que la mujer casada debe estar siempre alerta, pero muy alerta! Ya ves que mi marido no está en edad de cometer infidelidades; pues á pesar de todo, no pasa dia sin que yo registre minuciosamente su habitacion y sus bolsillos.

REM. Es posible!

PAQ. Sí, hija mia; no me fío ni de los magistrados del Supremo. Conque adios; me voy á almorzar á casa de mi hermano, porque Indalecio no volverá hasta que salga de la Audiencia.

REM. Quédese usted á almorzar con nosotros y luégo nos vamos á paseo en el coche.

PAQ. Tienes razon. Voy á casa á avisar y estoy de vuelta al momento. Hasta luégo, hija mia: memorias á Joaquin. Ah! Cuando venga no dejes de preguntarle dónde ha ido. (Váse foro derecha.)

ESCENA V.

REMEDIOS sola. Se queda pensativa.

REM. Tendrá razon? Será capaz Joaquin?... De ninguna manera. Es una sospecha sin fundamento, y que no debo abrigar ni un instante.—Sin embargo, esta señora que tanto me quiere? ha parecido indicar que hay algo, que... Ella ha conducido la conversacion hasta que me ha hecho hablar de esa mujer... No es posible! Joaquin sólo guarda con ella las consideraciones naturales en sociedad... La otra noche se sentó á su lado... Sí; pero fué porque yo le dije que allí había un asiento... Fuí yo! Pero á veces la fatalidad hace que una misma prepare involuntariamente las circunstancias.. No, no; todo esto es una tontería! Si apenas se han ha-

blado... Yo lo he visto... no se cruzaron ni cuatro palabras... Por qué se me estará ocurriendo este tejido de disparates? No tengo la seguridad de su cariño? No está siempre mirándose en mis ojos? (Riéndose.) Qué tonta soy! No tengo perdon de Dios al haber dudado de él un momento. Diga doña Paquita lo que quiera, la confianza en el amor es la base de la felicidad, y yo tengo en Joaquin completa confianza... (Distraida ha cogido la caja que dejó sobre el velador el peluquero) Qué es esto? (La abre y saca un frasco leyendo en la etiqueta:) «Aceite de bellotas con sávia de coco ecuatorial.» De quién será esto? (Sacando otro frasco.) «Pomada de quinina para fortalecer el cabello.» ¿Eh? Y un bisoñé! Pero señor, de quién es esto? porque el bisoñé no creo que sea suyo! No me lo hubiese ocultado si lo gastara... No tendría razon para ocultármelo... Qué tontería! (Riendo.) Pues no estoy suponiendo que... (Poniéndose seria.) Sin embargo, á veces inocentemente se ocultan defectos á que se da una importancia que en realidad no tienen... Si cuando éramos novios no se atrevió á decírmelo por no desilusionarme, tal vez despues de nuestra boda no se haya decidido á confesármelo por la misma razon. Bien puede ser esto. (Indicando repugnancia.) Tendría gracia que fuese de cualquier otro y estuviera yo haciéndome todas estas reflexiones. Pero de quién ha de ser sino suyo cuando está aquí! Como marchó precipitadamente se olvidó sin duda de guardar la caja... Por lo visto tiene un juego de bisoñés y lleva puesto el otro. Ahora recuerdo perfectamente! Cuando entré de puntillas y le sorprendí peinándose se asustó. Por qué se asustó? Y cuando le dije luégo que me dejase peinarle se negó bruscamente. ¿Por qué se negó bruscamente? Sí, no hay duda, esto es suyo. Ah! señor don Joaquin! Conque esas tenemos? Conque se da usted aceite de bellotas, usa usted bisoñé y oculta todo esto á su mujer! Si pensará el muy tonto que al confesármelo había yo de quererle ménos, cuando con

bisoñé y hasta con peluca me parecería el hombre más hermoso de la tierra! Ya estoy deseando que llegue para presentarme delante de él con el peluquin y confundirlo. (Guarda en la caja el bisoñé y los frascos.) Pero no; he de hacer que él me lo confiese, porque si le acostumbro á ocultarme cosas que no tienen ninguna importancia ¿qué hará con las que la tengan? Y en esto dice bien doña Paquita: un buen marido no debe tener secretos para su mujer. Eh? Creo que es él.—Sí, ahí viene. (Se oculta.)

ESCENA VI.

DICHOS, JOAQUIN, que entra con el sombrero puesto y se sienta en un sillon, de mal talante.

JOAQUIN. (Que me enviará por escrito la resolucion! Este es un pretexto para no decir de palabra que no ha podido hacerlo... No ha podido!... No ha querido! Como si en este país los ministros no hicieran todo lo que les da la gana.)

REM. (Viene preocupado.) (Avanzando de puntillas.)

JOAQUIN. (Pues señor, bien, me parece que por esta vez no vamos á París.)

REM. (Voy á probar!) (Le tira el sombrero.)

JOAQUIN. (Levantándose.) Eh! Pero mujer, te has propuesto asustarme á cada momento.

REM. Jesús! qué sustos tan atroces! (Mirándole fijamente á la cabeza lo cual repetirá durante toda la escena.)

JOAQUIN. Me has abollado el sombrero y me has despeinado!

REM. (Sí, el peinado, eso es lo que á tí te preocupa.) Dispense usted, caballero, creí que podía tomarme esa libertad! Yo le arreglaré á usted el pelo.

JOAQUIN. No, hija, no; me duele la cabeza.

REM. Te duele? Tienes calor? Á ver, á ver...

JOAQUIN. No, algo de resfriado... la humedad... el cambio de tiempo...

REM. (El cambio de peluquin es lo que á tí te ha resfriado!) (Pausa. Se sienta despues de mirarle con atencion.) (Sí, se le

conoce un poco por este lado.)

JOAQUIN. (De pronto.) Oye, ¿irías con gusto á París?

REM. Ya lo creo! Contigo á cualquier parte y á París mucho mejor.

JOAQUIN. (Ya sabía yo que le había de gustar.)

REM. Y por qué me preguntas eso?

JOAQUIN. Por nada. (Queda pensativo.)

REM. (Eso lo ha dicho por cambiar de conversacion. Le daré pie para que hable con franqueza.) Apropósito de París, ¿sabes quién me dijo el otro dia que iba á ir allá?

JOAQUIN. Quién?

REM. Don Plácido.

JOAQUIN. No lo sabía. (Continúa distraido.)

REM. Y qué agradable es el buen señor!... con aquella cara tan expresiva, tan risueña, y sobre todo aquella calva tan reluciente, tan limpia, tan sonrosada... Hay personas que no serían tan simpáticas si no estuvieran calvas. Y luégo, que la falta de pelo indica talento: dicen que ningun tonto se queda calvo. (Está dudando si decírmelo ó no.) (Jaaquin, á quien se le ha caido el pañuelo que distraido tenía en la mano, se inclina para recogerlo. Remedios siguiendo el mismo movimiento, le mira la cabeza con vivo inrerés. Al incorporarse Joaquin tropieza con ella.)

JOAQUIN Eh?

REM. Ah!—Nada, nada.

JOAQUIN. (Yo creo que me apoyará el subsecretario.)

REM. (Á ver si se decide!) Pues sí, la calva da respetabilidad al indivíduo. Al viejo le hace venerable, le da aspecto de patriarca ó de apóstol; al jóven le presta autoridad y carácter. Cuántos han hecho su suerte por el talento que indica la falta de pelo! Yo sé de uno á quien sólo por ser calvo le nombraron gobernador de provincia. (No dice nada!)

JOAQUIN. (No puedo creer que me engañe el ministro!)

REM. (Qué lucha está sosteniendo! Pero él ha de confesármelo ó poco he de poder!) Hombre, haz el favor de prestar atencion á lo que te digo.

JOAQUIN. Qué decías?

REM. Pero ahora salimos con que no me escuchabas!

JOAQUIN. Sí, te oía, sí. Qué estabas diciendo?

REM. Estábamos hablando de los calvos.

JOAQUIN. Ah! Sí, muy buenos actores, me gustan mucho.

REM. No es eso, hombre, no es eso!... (Cómo rehuye la cuestion!)

JOAQUIN. Pues qué es?

REM. Los calvos de que hablábamos son las personas que han perdido el pelo! Comprendes? Las que han perdido el pelo! (Marcándolo mucho.)

JOAQUIN. Ya comprendo, mujer, ya!

REM. (No se inmuta por nada!) Pues bien, yo decía que eso no es un defecto, sino una ventaja muchas veces, y en fin, que hasta me alegraría de que tú fueses calvo. (Levantándose.)

JOAQUIN Qué barbaridad! (Id.)

REM. Te aseguro que no me importaría nada.

JOAQUIN. Eso lo dices porque tengo buen pelo.

REM. No señor. Los calvos me hacen mucha gracia.

JOAQUIN. Ya lo creo que te hacen gracia. Por eso te reías tanto una noche en el teatro de la Zarzuela observando desde el palco las diez ó doce lunas menguantes y crecientes qne brillaban en las butacas.

REM. (Por qué me habré reido? Ahora ya no me lo confiesa!)

JOAQUIN. Estoy impaciente, no puedo remediarlo. (Mirando el reló.)

REM. Qué, vas á salir otra vez?

JOAQUIN. Es muy posible!

REM. Qué tienes?

JOAQUIN. Nada!

REM. No me lo niegues, estás preocupado.

JOAQUIN. No lo creas!

REM. Sé franco con tu mujercita, que te quiere tanto! (Halagándole, haciéndole sentar á su lado.) Qué te sucede? Qué te pasa? Te falta algo? (Mirándole á la cabeza con mucha intencion.) Confiésamelo!

JOAQUIN. No seas tonta! Te digo que no me pasa nada.

REM. Es que harías muy mal en ocultármelo, muy mal, porque yo quiero participar de tus alegrías y de tus pesares! (Como reparando más en la cabeza de Joaquin.) Ay! una cana! Tienes una cana!

JOAQUIN. Sí?

REM. Sí, voy á quitártela.

JOAQUIN. Déjala que luégo salen más.

REM. No, te la voy á quitar, es un capricho.

JOAQUIN. Te he dicho que me duele la cabeza.

REM. (Cómo se resiste!) Si no te haré daño!

JOAQUIN. Bueno, pero no tires fuerte. (Bajando la cabeza y poniéndose la mano sobre el cráneo.)

REM. Descuida. Quita la mano. (Ahí está el misterio!) Ya verás, ya verás' (Ahora de un tiron se lo arranco!) (Le coge un mechon y tira con fuerza.)

JOAQUIN. Ay! Pero mujer, qué torpeza!

REM. (Qué sujeto lo tiene!)

JOAQUIN. Me has hecho ver las estrellas!

REM. Ven otra vez, que no ha salido.

JOAQUIN. Déjame en paz! Vaya un capricho ridículo!

REM. Ridículo? Otras cosas hay más ridículas! Ya veo que no quieres complacerme ni en lo más insignificante!

JOAQUIN. No quiero complacerte en tonterías.

REM. El esposo que quiere á su mujer la complace en todo.

JOAQUIN. Si irás ahora á dudar de mi cariño!

REM. Sí señor que dudo!

JOAQUIN. Estás hoy insoportable!

REM. Más insoportable estás tú!

JOAQUIN. Remedios! no tengamos un disgusto.

REM. El disgusto ya lo tengo y bien grande!

JOAQUIN. No seré yo quien te lo haya dado.

REM. Tú, y sólo tú!

JOAQUIN. Pero qué motivo hay para todo esto?

REM. Hay motivo de sobra!

JOAQUIN. Mire usted que reñir por una tontería semejante... Vamos, es cosa de tirarse de los pelos!

REM. Tira! tira! Tira!!

JOAQUIN. Eres una chiquilla sin fundamento! (Váse foro derecha.)

ESCENA VII.

REMEDIOS.

Se va! Me deja! Dios mio! Qué desgraciada soy! El primer disgusto que hemos tenido! Tratarme con ese despego! Llamarme chiquilla sin fundamento! Ay, Dios mio de mi alma! Bien decía mamá, que en el matrimonio había disgustos muy grandes! (Llorando amargamente.)

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA PAQUITA, por el froo.

PAQ. Jesús! hija! Parece que estoy condenada á que tu esposo me atropelle en la escalera! Á dónde va tan de prisa?

REM. (Llorando.) Qué sé yo?

PAQ. Qué es eso? Qué sucede?

REM. (Llorando.) Que soy muy desgraciada!

PAQ. Ay, Dios mio de mi alma!

REM. Acabo de tener con Joaquin el primer disgusto!

PAQ. El primero y llevais ya dos meses de matrimonio? Pues no puedes quejarte. Al mes y medio llevaba yo quince.

REM. No sobreviviré al segundo.

PAQ. Pero ¿por qué ha sido?

REM. Porque he descubierto una cosa.

PAQ. Vamos! Lo de Carolina! Ya me lo sospeché, pero no había querido decírtelo.

REM. No señora: no se trata de Carolina.

PAQ. Bueno: se tratará de otra; es igual. Desengáñate, hija. No puede una fiarse de los hombres, ni de las mujeres, porque si no hubiera ciertas mujeres, serían los hombres unos benditos de Dios!

REM. (Sollozando.) Ay!

PAQ. Habrás descubierto alguna carta, algun retrato, pelo tal vez!...

REM. Pelo! Sí señora! Pelo! (Va á coger la caja.)

PAQ Claro! Algun rizo! Rubio! Será rubia? Las rubias son el demonio!

REM. Mire usted lo que he descubierto! (El bisoñé.)

PAQ. Pero hija! Y esto es un recuerdo amoroso? (Cogiendo el bisoñé.)

REM. Si no se trata de amores.

PAQ. Pues de qué?

REM. De que Joaquin usa eso!

PAQ. Ay! (Devolviéndole con repugnancia el bisoñé que Remedios dejará sobre el velador.) Comprendo que te hayas disgustado! Tienes la misma manía que yo. No te hacen gracia los calvos! Si por algo me gusta Indalecio, es porque á pesar de sus años, conserva el pelo tan negro y tan hermoso como si tuviera veinte.

REM. Si á mí lo que ménos me importa es que Joaquin no tenga pelo.

PAQ. Entónces no comprendo por qué te afliges?

REM. Porque me lo ha ocultado! Porque no ha sido franco conmigo! Porque no me lo ha dicho, á pesar de haberle dado ocasion para ello.

PAQ. Hija mia, eso no puede quedar así. Es preciso que demuestres carácter, mucho carácter. Que sepas ocupar el lugar que te corresponde.

REM. Yo no sé más que llorar!

PAQ. Pues sabes bien poco! Con llorar no se consigue nada. Eso de que las lágrimas ablandan á los hombres, es una equivocacion. Si no se les pudiera ablandar por otros medios, aviadas estábamos.

REM. No lo puedo remediar; le quiero muchísimo!

PAQ. Por lo mismo que le quieres, no debes permitir que te oculte ciertas cosas. No dícen que la ocasion la pintan calva? Pues esta es la ocasion de conocer á tu marido! Si me autorizas para ello, hoy mismo le arranco el

secreto... y el peluquin!

REM. Ahí viene.

PAQ. Tranquilízate!

ESCENA IX.

DICHAS y JOAQUIN, que entra muy contento con un pliego en la mano.

JOAQUIN. Señora doña Paquita! Venga un abrazo! Remedios! Estamos de enhorabuena! Pero que es eso? Estás llorando? No quiero verte así. Hoy es dia de regocijo! Te había guardado esta sorpresa. Vamos agregados á la embajada de París! Ahora me han traido la credencial. Creí que el ministro no me la concedería, y por eso estaba preocupado! Esto es lo que te ocultaba.

REM. No es eso sólo lo que tú me ocultas!

PAQ. Dice bien, no es eso sólo!

JOAQUIN. Pues qué es?

PAQ. Esto! (Mostrándole el bisoñé.)

JOAQUIN. De quién es ese bisoñé?

REM. Todavía no confiesa que es suyo!

JOAQUIN. Mio!

PAQ. Sí señor! De usted! Pues de quién ha de ser?

JOAQUIN. Señora! (Ahora comprendo por qué me tiraba del pelo!)

REM. Serás capaz de negarlo?

PAQ. Será usted capaz de decir qué no?

REM. Todo se descubre!

PAQ. Todo se sabe al fin!

REM. Como si no se le conociera! (Indicando la cabeza.)

PAQ, Y tanto como se le conoce! (Id.)

REM. Y á mí no me importa que lo lleves, sino que no me lo digas!

PAQ. Tiene razon para incomodarse!

JOAQUIN. Quieren ustedes dejarme hablar?

REM. Habla, sí, habla!

PAQ. Confiéselo usted, hombre!

REM. Acaba de una vez!

PAQ. Dígaselo usted francamente!

REM. Basta de hipocresía!

PAQ. Quíteselo usted!

JOAQUIN. Conque quieren ustedes que diga que soy calvo. no es esto? Pues bien, sí, lo soy! Todo esto es una peluca! Están ustedes contentas? Tengo la cabeza como un melon!! Quieres ustedes más?

REM. No; ni quería tanto! (Sorprendida.)

PAQ. Ni tanto, ni tan calvo!

JOAQUIN. Gracias á Dios que se han callado ustedes.

ESCENA X.

DICHOS y el PELUQUERO.

PELUQ. Hay permiso?

JOAQUIN. Adelante!

PELUQ. Ustedes dispensarán que les interrumpa; pero ántes cuando vine á afeitar á usted, me dejé olvidada una cajita con unos frascos y un bisoñé de un parroquiano.

REM. Eh?

PAQ. ¿Qué dice este hombre?

PELUQ. Ah! ya lo veo: aquí está. (Viendo la caja con los frascos y dirigiéndose á Doña Paquita que tiene el bisoñé.)

REM. Conque no era tuyo? (Á Joaquin.)

JOAQUIN. Que tonta! Claro que no! Tira, mujer, tira y te convencerás!

REM. No, no hay necesidad. Ya me he convencido. (Dándole un tiron.)

POAQUIN. Huy! Ya lo creo que te habrás convencido.

PAQ. Llévese usted esa porquería! (Dándole el bisoñé al Peluquero.)

PELUQ. Cómo, señora! Califica usted de un modo tan denigrante á la obra más artística que ha salido de mis manos! Este es un bisoñé destinado á cubrir una calvicie irregular, situada en la region occípito-parietal izquierda del cráneo de todo un personaje; de un magistrado del Tribunal Supremo; de don Indalacio Perez!

PAQ. Mi marido!!! (Cómicamente aterrada.)

REM. y JOAQUIN. Cómo?

PAQ. Está calvo y yo no lo sabía! Por eso duerme con birrete de crochet. Traiga usted acá! (Quitándole el bisoñé.)

PELUQ. Pero, señora...

PAQ. Voy á llevárselo al Tribunal Supremo!!! (Váse furiosa por el foro.)

PELUQ. Señora, que es para mí un compromiso! Oiga usted, escuche usted, atiéndame usted! (Váse tras ella.)

ESCENA ÚLTIMA.

JOAQUIN, REMEDIOS.

REM. Joaquin!
JOAQUIN. Esposa mia!
REM. Que tonta he sido!
JOAQUIN. ¿Dudarás todavía
de tu marido?
REM. No! Te lo juro!
Ya en adelante puedes
vivir seguro!
De leccion me sirvieron
mis imprudencias;
ya he visto lo que engañan
las apariencias,
y arrepentida
tu perdon y el de ustedes (Al público.)
justo es que pida.

FIN.